

Aura Cristina BUNORO
(Universitatea din București)

***La tregua* de Mario Benedetti. Un desdoblamiento entre la memoria colectiva y la memoria individual**

Abstract: (*La tregua* by Mario Benedetti. A separation between the collective memory and the individual memory) Mario Benedetti writes *La tregua* with the purpose of showing through the eyes of an office worker the vices of a system that has no empathy, that has created people unable to share their feelings or identify themselves with the state of mind of another fellow human being, on one hand, and on the other hand, all the anxiety that transfers on a personal level. The splitting present in the novel affects not only the main character but also the Uruguayan society in post-World War II era. We are witnessing the division of the capital according to the characters that examine it, on one hand the office workers that cannot enjoy their free time, and on the other hand, the luckiest people that can contemplate all the views that the city offers. The main character is presented to us also divided into two different human beings, one that is the office worker, anchored in the office world, and the other one, a sad dreamer that is waiting to retire in order to be able to enjoy life. This is how the author achieves to combine personal memory with the collective one and gives evidence of a society that contaminates its citizens with solitude, anxiety, lack of compassion and, at the same time, proposes the idea of a truce.

Keywords: *memory, collective, individual, society, splitting.*

Resumen: Mario Benedetti escribe *La tregua* con el propósito de mostrar a través de los ojos de un oficinista las lacras de un sistema falto de empatía, que ha creado personas incapaces de compartir sus sentimientos o identificarse con el estado de ánimo del prójimo, por un lado, y, por otro lado, toda la angustia que se transfiere a nivel personal. El desdoblamiento presente en la obra afecta tanto al protagonista como también a la sociedad uruguaya de la época de la segunda postguerra mundial. Asistimos a la división de la capital en función de los personajes que la examinan, por un lado los funcionarios que no consiguen disfrutar de mucho tiempo libre y, por otro lado, las personas más afortunadas que pueden contemplar todas las exterioridades y vistas que la ciudad ofrece. El protagonista se nos presenta, por lo tanto, también dividido en dos seres diferentes, uno que es funcionario, anclado en el mundo de la oficina, y el otro, un soñador triste que está esperando jubilarse para poder disfrutar de la vida. Es así como el autor consigue entrelazar la memoria propia y la memoria colectiva y deja testimonio de una sociedad que contamina a sus ciudadanos de soledad, de angustia, de falta de compasión y, al mismo tiempo, propone la idea de una tregua.

Palabras clave: *memoria, colectivo, individual, sociedad, desdoblamiento.*

Mario Benedetti es uno de aquellos escritores que pertenecen a la categoría de autores clásicos que ayudan a los lectores a entender no sólo la sociedad uruguaya en toda su complejidad, sino que consigue que lleguemos a comprender la complejidad del mundo actual, un mundo que nos ofrece una perspectiva incierta del futuro. Se ha

comprobado que las ideas de Benedetti tienen “una vigencia más allá del siglo XX” (Cabrera 2013, 160).

El repaso de la memoria propia y de la memoria colectiva presentes en *La tregua* hace que reflexionemos “sobre lo individual y lo coral” y deja constancia del engranaje de funcionarios útiles para la sociedad pero cuya imagen en la percepción de los ciudadanos es la de gigante monstruoso y no de conjunto de personas que aman, sufren, mueren.

El desdoblamiento es un rasgo que afecta a toda la novela y todo lo que está presente en ella: la sociedad uruguaya, la capital Montevideo, el protagonista. De hecho, Santomé se divide él mismo en dos personas diferentes, en un funcionario serio, aplicado, responsable en el trabajo, por una parte, y en un hombre enamorado que anhela la llegada de la jubilación para poder disfrutar de la vida. De aquí la separación de la capital como si se tratara de dos ciudades distintas: un “Montevideo de los hombres a horario” y por otro lado un Montevideo de las mujeres perfumadas, de los hijos de mamá, de las madres jóvenes, de las niñeras, es decir, un Montevideo desconocido a los funcionarios:

Estoy convencido de que en horas de oficina la ciudad es otra. Yo conozco el Montevideo de los hombres a horario, los que entran a las ocho y media y salen a las doce, los que regresan a las dos y media y se van definitivamente a las siete. Con esos rostros crispados y sudorosos, con esos pasos urgentes y tropezados; con éstos somos viejos conocidos. Pero está la otra ciudad, la de las frescas pitucas que salen a media tarde recién bañaditas, perfumadas, despreciativas, optimistas, chistosas; la de los hijos de mamá que se despiertan al mediodía y a las seis de la tarde llevan aún impecable el blanco cuello de tricolina importada, la de los viejos que toman el ómnibus hasta la Aduana y regresan luego sin bajarse, reduciendo su módica farra a la sola mirada reconfortante con que recorren la Ciudad Vieja de sus nostalgias; la de las madres jóvenes que nunca salen de noche y entran al cine, con cara de culpable, en la vuelta de las 15.30; la de las niñeras que denigran a sus patronas mientras las moscas se comen a los niños; la de los jubilados y pelmas varios, en fin, que creen ganarse el cielo dándoles migas a las palomas de la plaza. Ésos son mis desconocidos, por ahora al menos. (Benedetti 2001, 16-17)

Y, por consiguiente, el protagonista narrador se divide

en dos entes dispares, contradictorios, independientes, uno que sabe de memoria su trabajo, que domina al máximo sus variantes y recovecos, que está seguro siempre de dónde pisa, y otro soñador y febril, frustradamente apasionado, un tipo triste que, sin embargo, tiene y tendrá vocación de alegría, un distraído a quien no le importa por dónde corre la pluma ni qué cosas escribe la tinta azul que a los ocho meses quedará negra. (Benedetti 2001, 14)

Santomé, el funcionario situado en el Montevideo de los hombres a horario, es un tipo serio, del que la gente tiene un buen concepto, se limita a lo indispensable, es

rutinario, firme, “con cara de piedra” (Benedetti 2001, 70), mientras que Santomé del Montevideo desconocido, Santomé padre, amigo, amante, tiene “cara que siempre invita a la confianza” (Benedetti 2001, 27), es buen observador de las mujeres, pone en duda la existencia de Dios, es amado por Avellaneda porque está hecho “de buena madera” (Benedetti 2001, 120).

El narrador personaje, Martín Santomé, un hombre de 49 años, que está esperando que se jubile para poder entender lo que realmente significa el ocio, nos permite adentrarnos en su vida y en sus pensamientos a través del diario que rellena con bastante frecuencia. Su existencia se divide entre la oficina, la casa, los caminos entre estos dos establecimientos “pilares” que lo definen y, a veces, entre amigos y mujeres pasajeras en su vida. A través de la visión del autor y su introspección observamos la perspectiva de la falta de sentido de la vida del funcionario uruguayo, la necesidad de ser útil, hipótesis sobre Dios, sobre la religión, sobre la muerte, sobre la rutina y la necesidad de rebelarse en contra de ella, ideas sobre la soledad, sobre la resignación o sobre la felicidad.

Como “escritor que aúna al artista con el intelectual inmerso en los problemas de su tiempo” (Larre Borges 1999, en línea) y, partiendo de las experiencias personales de empleado de oficina, de funcionario público, Benedetti perfila la personalidad de Santomé que está cansado de la rutina de ir y volver del trabajo y que está constantemente contando los días que le quedan hasta el ocio. A través de las páginas de su diario, nos adentramos en su mundo rutinario:

Yo mismo he fabricado mi rutina, pero por la vía más simple: la acumulación. La seguridad de saberme capaz para algo mejor me puso en las manos de postergación, que al fin de cuentas es un arma terrible y suicida. De ahí que mi rutina no haya tenido nunca carácter ni definición; siempre ha sido provisoria, siempre ha constituido un rumbo precario, a seguir nada más que mientras duraba la postergación, nada más que para aguantar el deber de la jornada durante ese período de preparación que al parecer yo consideraba imprescindible, antes de lanzarme definitivamente hacia el cobro de mi destino. Qué pavada, ¿no? (Benedetti 2001, 44)

Según algunos críticos, Benedetti no posee “un rigor académico y científico” (Cabrera 2013, 162) pero por opción del autor y su proyecto estético estamos ante un personaje que se expresa con mucha claridad y simpleza, un personaje que busca “hablar libremente” (Benedetti 2001, 131), la palabra “libremente” evocando un estado de “encarcelamiento rutinario” del que nuestro personaje quiere escapar. Si al principio de la novela, al hablar con su hija, Blanca, el protagonista declara que le hubiera gustado rebelarse ante lo corriente, al final de la novela, después de la muerte de Avellaneda y una vez llegada la jubilación afirma que nunca pensó que le importara tan poco desprenderse de la rutina. En una discusión con su hijo, Esteban, se rebela ante la idea de que todos los empleados públicos son unos vagos, porque según él, “el trabajo está siempre al día, y [...] en las horas en que el trámite aprieta y la bandeja aérea de Caja viaja sin cesar, repleta de boletas, todos se afanan y trabajan con verdadero sentido

de equipo” (Benedetti 2001, 23). Aunque el Santomé funcionario, conociendo su manera responsable de trabajar, sale a la defensa de la creación de una imagen correcta del empleado público, es también consciente de la superficialidad y la deshumanización presentes en los que ocupan altos y medios cargos:

Es un tipo maravillosamente ordinario y cobarde. Alguna vez he tratado de representarme su alma, su ser abstracto, y he conseguido una imagen repulsiva. Allí donde normalmente va la dignidad, él sólo tiene un muñón; se la amputaron. La dignidad ortopédica que ahora usa, le alcanza empero para sonreír. (Benedetti 2001, 113)

[...] se deben sentir casi omnipotentes [...] Para esta pobre gente, en cambio, el máximo es llegar a sentarse en los butacones directoriales, experimentar la sensación (que para otros sería tan incómoda) de que algunos destinos están en sus manos, hacerse la ilusión de que resuelven, de que disponen, de que son alguien. Hoy, sin embargo, cuando yo los miraba, no podía hallarles cara de Alguien sino de Algo. Me parecen Cosas, no Personas. Pero ¿qué les pareceré yo? Un imbécil, un incapaz, una piltrafa que se atrevió a rechazar una oferta del Olimpo. Una vez, hace muchos años, le oí decir al más viejo de ellos: «El gran error de algunos hombres de comercio es tratar a sus empleados como si fueran seres humanos». Nunca me olvidé ni me olvidaré de esa frasecita, sencillamente porque no la puedo perdonar. No sólo en mi nombre, sino en nombre de todo el género humano. Ahora siento la fuerte tentación de dar vuelta la frase y pensar: «El gran error de algunos empleados es tratar a sus patrones como si fueran personas». Pero me resisto a esa tentación. Son personas. No lo parecen, pero son. Y personas dignas de una odiosa piedad, de la más infamante de las piedades, porque la verdad es que se forman una cáscara de orgullo, un repugnante empaque, una sólida hipocresía, pero en el fondo son huecos. Asquerosos y huecos. Y padecen la más horrible variante de la soledad: la soledad del que ni siquiera se tiene a sí mismo. (Benedetti 2001, 123)

Si a todo lo presentado anteriormente añadimos la exhibición de la atmósfera pesada de la oficina, las relaciones frívolas que se establecen entre los compañeros, las malas bromas que llevan al despido de compañeros, como en el caso de Menéndez, el ascenso sin tener en cuenta criterios laborales, como en el caso de Suárez, podemos afirmar que Benedetti, un “narrador que tiene su musa anclada en la realidad y elige la sencillez” (Larre Borges 1999, en línea), nos ofrece un panorama de la “única oficina del mundo que ha alcanzado la categoría de república”, tal como el mismo autor declaraba.

En las oficinas no hay amigos; hay tipos que se ven todos los días, que rabian juntos o separados, que hacen chistes y se lo festejan, que se intercambian sus quejas y se transmiten sus rencores, que murmuran del Directorio en general y adulan a cada director en particular. Esto se llama convivencia, pero sólo por espejismo la convivencia puede llegar a parecerse a la amistad. (Benedetti 2001, 94)

La obra sigue un hilo desde lo colectivo hacia lo íntimo, lo individual. “La situación de fondo que aparece reflejada en la novela” (Conteris 2013, 82) es la de un país afectado por crisis generalizada, un país en el que los estudiantes protestaban, en el que había huelgas y manifestaciones de los obreros manuales y empleados administrativos, pero al mismo tiempo un país con uruguayos resignados, que no reaccionan. Y en esta sociedad viven individuos iguales a Santomé y *La tregua* se centra también en lo psicológico del protagonista y vemos cómo “la historia y los conflictos de un hombre –Martín Santomé– reflejan una intrahistoria: la de la sociedad uruguaya de aquellos años” (Castro 1991, 207). La descripción de Diego y de sus pensamientos, revela la necesidad de los uruguayos de reaccionar:

Diego quisiera hacer algo rebelde, positivo, estimulante, renovador; no sabe bien qué. Hasta ahora lo que siente con la máxima intensidad es un inconformismo agresivo, en el cual falta todavía un poco de coherencia. Le parece funesta la apatía de nuestra gente, su carencia de impulso social, su democrática tolerancia hacia el fraude, su reacción guaranga e inocua ante la mistificación. [...] Le subleva que las izquierdas sobrelleven, sin disimularlo mucho, un fondo de aburguesado acomodo, de rígidos ideales, de módico camanduleo. [...] Hay gente que entiende lo que está pasando, que cree que es absurdo lo que está pasando, pero se limitan a lamentarlo. Falta pasión, ése es el secreto de este gran globo democrático en que nos hemos convertido. Durante varios lustros hemos sido serenos, objetivos, pero la objetividad es inofensiva, no sirve para cambiar el mundo, ni siquiera para cambiar un país de bolsillo como éste. Hace falta pasión, y pasión gritada, o pensada a los gritos, o escrita a los gritos. Hay que gritarle en el oído a la gente, ya que su aparente sordera es una especie de autodefensa, de cobarde y malsana autodefensa. Hay que lograr que se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco. El día en que el uruguayo sienta asco de su propia pasividad, ese día se convertirá en algo útil. (Benedetti 2001, 141-142)

Santomé también expresa sus opiniones sobre la sociedad uruguaya caracterizada por la conformidad: “lo que está peor es la resignación. Los rebeldes han pasado a ser semi-rebeldes, los semi-rebeldes a resignados” (Benedetti 2001, 57) y la corrupción:

Dice Esteban que si quiero tener la jubilación para fin de año, la cosa hay que empezarla ahora. Dice que me va a ayudar a moverla, pero que aún así llevará tiempo. Ayudar a moverla quizá signifique untarle la mano a alguien. No me gustaría. Sé que el más indigno es el otro, pero yo tampoco sería inocente. La teoría de Esteban es que es necesario desempeñarse en el estilo que exige el ambiente. (Benedetti 2001, 48)

Una razón más de demostrar que estamos ante una radiografía de la sociedad, de lo colectivo, la representan las menciones de subtipos sociales, como por ejemplo las escribanas, funcionarias también, pero con rasgos propios:

No le gusta oír chismes acerca de la oficina, pero los tiene a todos bien catalogados. A veces, en el café, mira a su alrededor, y deja caer un comentario certero, puntual, inmejorable. Hoy, por ejemplo, había una mesa con cuatro o cinco mujeres, todas alrededor de los treinta o treinta y cinco años. Las miró detenidamente y después me preguntó: «¿Son escribanas, verdad?» Efectivamente, eran escribanas. Conozco a algunas de ellas, por lo menos de vista, desde hace años. «¿Las conoce?», le pregunté. «No, nunca las había visto.» «¿Y entonces?, ¿cómo acertó?» «No sé; siempre puedo reconocer a las mujeres que son escribanas. Tienen rasgos y hábitos muy especiales, que no se repiten en otras profesionales. O se pintan los labios de un solo trazo duro, como quien escribe en un pizarrón, o tienen una eterna carraspera de tanto leer escrituras, o no saben llevar sus carteras de tanto cargar portafolios. Hablan frenándose, como si no quisieran decir nada que vaya a contrariar los códigos, y nunca las verá usted mirarse en un espejo» (Benedetti 2001, 73)

La conexión entre lo público, lo colectivo y lo personal se consigue a través de la relación de Santomé con Avellaneda. La vida sin sentido del protagonista, caracterizada por la mediocridad y la degradación que llega con la edad, acaba una vez empezada la historia de amor con Laura, que supone “una nueva posibilidad existencial” (Castro 1991, 208), pero termina con la muerte de esta y con una aceleración de la degradación de Santomé. Ambas historias llegan a confluír porque los dos son compañeros de trabajo, se aman, entonces lo personal y lo laboral se entrelazan. Por un lado, la jubilación se transforma en esperanza de disfrutar de la vida al lado de Avellaneda, pero, por otro lado, la jubilación también significa cumplir 50 años y por consecuente, supone la llegada de la degradación.

Pero esta historia de amor hace que el protagonista se vea otra vez dividido en dos, comparándose al lado de Avellaneda y al lado de Isabel, su mujer que se murió joven y lo dejó amargado, triste y decepcionado:

Bueno, esa era la primera comparación. Pero vino la otra, y esa otra me dejó gris, desanimado. Mi cuerpo de Isabel y mi cuerpo de Avellaneda. Qué tristeza. Nunca he sido un atleta, líbreme Dios. [...] Frente a Avellaneda no me importa, ella me conoce así, no sabe cómo he sido. Pero me importa ante mí, me importa reconocermé como un fantasma de mi juventud, como una caricatura de mí mismo. Hay una compensación quizá: mi cabeza, mi corazón, en fin, yo como ente espiritual, quizá sea hoy un poco mejor que en los días y las noches de Isabel. (Benedetti 2001, 102)

La muerte de Avellaneda trae consigo la vuelta de la frustración y la soledad del narrador personaje y al mismo tiempo, definir de una vez por todas, la relación de Santomé con Dios. La mujer amada era la que tenía una teoría para todo. Ella veía a Dios como “la Totalidad” (Benedetti, 2001 128). El amigo del protagonista, Aníbal, consideraba que “Dios es la Esencia de todo” (Benedetti, 2001 128). Y ante estas afirmaciones, Santomé necesita encontrar su propia definición de Dios, “un Dios con quien dialogar, un Dios en quien pueda buscar amparo” (Benedetti, 2001, 128), un Dios que le conteste a sus preguntas, un Dios que aclare sus dudas. En comparación con un

Dios que es la Totalidad y la Gran Coherencia, se ve como “un átomo malamente encaramado a un insignificante piojo de su Reino” (Benedetti, 2001, 128). Santomé necesita a un Dios al que pueda asirlo con su corazón, perspectiva que perdió con la muerte de Isabel, su primera esposa y que se pondrá todavía más fría con la muerte de Avellaneda cuando “Dios volvió a ser la todopoderosa Negación de siempre” (Benedetti, 2001, 149), un “Dios de crueldad” (Benedetti, 2001, 149), “un sádico omnímodo” (Benedetti, 2001, 149), tal como lo llama su hija, Blanca. Para el narrador protagonista, Dios representa “una lejana soledad” (Benedetti, 2001, 150). La conclusión a la que llega al final de dos historias de amor interrumpidas por la muerte de las mujeres amadas es que:

Es evidente que Dios me concedió un destino oscuro. Ni siquiera cruel. Simplemente oscuro. Es evidente que me concedió una tregua. Al principio, me resistí a creer que eso pudiera ser la felicidad. Me resistí con todas mis fuerzas, después me di por vencido y lo creí. Pero no era la felicidad, era sólo una tregua. Ahora estoy otra vez metido en mi destino. Y es más oscuro que antes, mucho más. (Benedetti, 2001, 157)

Después de la muerte de su primer amor, Santomé no se permitió volver a sentirse feliz por miedo, por no perder una vez más a la persona amada y quedarse arrodillado por el inmenso dolor que semejante pérdida provoca. Él mismo declara que está demasiado alerta como para sentirse “totalmente feliz” (Benedetti 2001, 77). Pero Avellaneda le explica su “gran teoría” (Benedetti 2001, 86) sobre la imposibilidad de las personas de conseguir ese estado de grata satisfacción espiritual y física:

la verdadera felicidad, es un estado mucho menos angélico y hasta bastante menos agradable de lo que uno tiende siempre a soñar. Ella dice que la gente acaba por lo general sintiéndose desgraciada, nada más que por haber creído que la felicidad era una permanente sensación de indefinible bienestar, de gozoso éxtasis, de festival perpetuo. No, dice ella, la felicidad es bastante menos (o quizá bastante más, pero de todos modos es otra cosa) y es seguro que muchos de esos presuntos desgraciados son en realidad felices, pero no se dan cuenta, no lo admiten, porque ellos creen que están muy lejos del máximo bienestar. (Benedetti 2001, 86-87).

En el caso de Santomé, este evoluciona desde una infelicidad “sin un motivo concreto”, pasando por un estado de felicidad al lado de Avellaneda, hasta la desgracia causada por la muerte de su amada: “yo no me siento feliz de sentirme desgraciado. Me siento simplemente desgraciado” (Benedetti 2001, 158). Así que la jubilación no le trae la posibilidad de descubrir el Montevideo desconocido que solo observaba en su camino hacia y desde la oficina y mencionaba las calles del “luminoso Montevideo” (Benedetti 2001, 57), el café del Gallego Álvarez, la calle Brandzen, el Palacio Salvo, la célebre cafetería Tupí, la plaza Matriz, “el alma agresivamente sólida del Cabildo” (Benedetti 2001, 132) o “el rostro hipócritamente lavado de la Catedral” (Benedetti 2001, 132).

Tal como hemos mencionado, la novela está repleta de desdoblamientos, de divisiones tanto a nivel individual, como también a nivel público. Benedetti se apoya en “paralelismo y confluencia” (Castro 1991, 208) y nos ofrece la percepción del “homo burocraticus” (Oviedo 1973, 149) acerca del “mundo, las relaciones humanas, las estratificaciones, el destino” (Castro 1991, 210). Santomé no escribe un “diario propiamente íntimo” (Vázquez Montalbán 2001, s p) por la necesidad de que “lo individual no oculte lo coral” (Vázquez Montalbán 2001, s p). Aunque era un hombre introvertido, el protagonista demuestra “una gran capacidad de observación y crítica sobre lo que le rodea” (Vázquez Montalbán 2001, s p). Esta intromisión de lo exterior en lo interior demuestra una vez más el desdoblamiento como rasgo representativo de la obra. *La tregua* presenta a Benedetti como un autor comprometido “con su realidad, con su tiempo, con su época” (Benedetti, 1968, 43) que consigue ofrecer a los lectores el perfil de un funcionario uruguayo, que al fin y al cabo es un hombre con una vida llena de momentos de alegría, de tensión, de frustración, de amargura, y esta vida se desarrolla en una sociedad que contagia a sus ciudadanos con sus propias tensiones, frustraciones, amarguras y éxitos.

Bibliografía

- Benedetti, Mario. 2001. *La tregua*. Barcelona: Bibliotex SL.
- _____. 1968. *Sobre artes y oficios*. Montevideo: Editorial Alfa.
- Cabrera, Eduardo. 2013. *Vigencia y resignificación histórica en la ensayística de Mario Benedetti*, in “Revista de crítica literaria latinoamericana”, vol. 39, no. 77, p. 159–180. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/43854746. Consulta hecha en 5 de noviembre de 2020.
- Castro Urioste, José. 1991. *Historia e intrahistoria en ‘La Tregua’ de Mario Benedetti*, in “Revista de crítica literaria latinoamericana”, vol. 17, no. 34, p. 207–218. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/4530570. Consulta hecha en 6 de septiembre de 2021.
- Conteris, Hiber. 2013. *Exilio, ‘desexilio’ y ‘desterritorialización’ en la narrativa de Mario Benedetti*, in “Revista de crítica literaria latinoamericana”, vol. 39, no. 77, p. 81–104. *JSTOR*, www.jstor.org/stable/43854742. Consulta hecha en 16 de octubre de 2021.
- Larre Borges, Ana Inés. 1999. *Lector y fábula: la opción ética-estética en la obra de Mario Benedetti*, in “Mario Benedetti: inventario cómplice” / edición de Carmen Alemany, Remedios Mataix y José Carlos Rovira. Universidad: Servicio de Publicaciones, URL: http://www.cervantesvirtual.com/portales/mario_benedetti/obra-visor/mario-benedetti-inventario-complice--0/html/ff1470c0-82b1-11df-acc7-002185ce6064_75.html#I_15_. Consulta hecha en 2 de junio de 2021.
- Oviedo, José Miguel. 1973. *Un dominio colonizado por la poesía*, in Jorge Ruffinelli (comp). “Mario Benedetti, variaciones críticas”. Montevideo: Libros del Astillero.
- Vázquez Montalbán, Manuel. 2001. *Prólogo*, in Mario Benedetti. 2001. *La tregua*. Barcelona: Bibliotex SL.